

y os aguardan amorosas.  
**D. Garc.** Agora de mis verdades  
 darán probanza las obras.  
 [Vanse *D. García* y *D. Juan á Jacinta*.]  
**D. Juan.** ¿Adónde vais *Don García*?  
 Veis allí á *Lucrecia* hermosa.  
**D. Garc.** ¡Cómo *Lucrecia*!  
**D. Beltr.** ¿Qué es esto?  
**D. Garc.** (*A Jacinta*.) Vos sois mi dueño, señor.  
**D. Beltr.** ¿Otra tenemos? (ra.)  
**D. Garc.** Si el nombre  
 erré, no erré la persona.  
 Vos sois á quien yo he pedido,  
 y vos la que el alma adora.  
*Lucrecia.* Y este papel, engañoso,  
 (Saca un papel.)  
 que es de vuestra mano propia,  
 ¿lo que decis no desdice?  
**D. Beltr.** ¿Que en tal afrenta me pongas!  
**D. Juan.** Dadme, *Jacinta*, la mano,  
 y daréis fin á estas cosas.  
**D. Sanc.** Dale la mano á *Don Juan*.  
*Jacinta.* (*A Don Juan*.) Vuestra soy.



**D. Garc.** [Ap.] Perdí mi gloria.  
**D. Beltr.** ¡Vive Dios, si no recibes  
 á *Lucrecia* por esposa,  
 que te he de quitar la vida!  
**D. J. Luna.** La mano os he dado agora  
 por *Lucrecia*, y me la distes;  
 si vuestra inconstancia loca  
 os ha mudado tan presto,  
 yo lavaré mi deshonra  
 con sangre de vuestras venas.  
**Tristan.** Tú tienes la culpa toda;  
 que si al principio dijeras  
 la verdad, esta es la hora  
 que de *Jacinta* gozabas.  
 Ya no hay remedio; perdona,  
 y da la mano á *Lucrecia*,  
 que tambien es buena moza.  
**D. Garc.** La mano doy, pues es fuerza.  
**Tristan.** Y aquí verás cuán dañosa  
 es la mentira; y verá  
 el senado que en la boca  
 del que mentir acostumbra,  
 es la verdad sospechosa. X

## LAS PAREDES OYEN.

### PERSONAS.

DON MENDO, galan.	LEONARDO, criado.	CELIA, criada.	FABIO, criado del duque.
DON JUAN, galan.	D. BELTRAN, gracioso.	ORTIZ, escudero.	UN ESCUDERO.
EL DUQUE, galan.	D <sup>a</sup> ANA, dama viuda.	MARELO, criado del du.	UNA MUJER.
EL CONDE, galan.	D <sup>a</sup> LUCRECIA, dama.	que.	ARRIEROS.

La escena es en Madrid, en Alcalá de Henáres, y á un cuarto de legua de Alcalá.

### ACTO PRIMERO.

Sala en casa de Doña Ana, en Madrid.

#### ESCENA PRIMERA.

**D. JUAN**, vestido llanamente, y **BELTRAN**.

**D. Juan.** Tiéneme desesperado,  
 Beltran, la desigualdad,  
 si no de mi calidad,  
 de mis partes y mi estado.  
 La hermosura de doña Ana,  
 el cuerpo airoso y gentil,  
 bella emulacion de abril,  
 dulce envidia de Diana,  
 mira tú, ¿cómo podrán  
 dar esperanza al deseo  
 de un hombre tan pobre y feo  
 y de mal talle, Beltran!

**Beltran.** A un Narciso cortesano  
 un humano serafín  
 resistió un siglo, y al fin  
 la halló en brazos de un enano.  
 Y si las historias creo  
 y ejemplos de autores graves  
 (pues, aunque sirviente, sabes  
 que á ratos escribo y leo),  
 me dicen que es ciego amor,  
 y sin consejo se inclina;  
 que la emperatriz Faustina  
 quiso un feo esgrimidor;  
 que mil injustos deseos,  
 puestos locamente en ella,

cumplió Hippiá, noble y bella,  
 de hombres humildes y feos.

**D. Juan.** Beltran, ¿para qué referes  
 comparaciones tan vanas?  
 ¿No ves que eran mas livianas  
 que bellas esas mujeres;  
 y que en doña Ana es locura  
 esperar igual error,  
 en quien excede el honor  
 al milagro de hermosura?

**Beltran.** ¿No eres don Juan de Mendoza?  
 pues doña Ana ¿qué perdiera  
 cuando la mano te diera?

**D. Juan.** Tan alta fortuna goza,  
 que nos hace desiguales  
 la humilde en que yo me veo.

**Beltran.** Que diste en el punto, creo,  
 de que proceden tus males.  
 Si fortuna en tu humildad  
 con un soplo te ayudara,  
 á fé que te aprovechara  
 la misma desigualdad.  
 Fortuna acompaña al dios  
 que amorosas flechas tira;  
 que en un templo los de Egira  
 adoraban á los dos.  
 Sin riqueza ni hermosura  
 pudieras lograr tu intento:  
 siglos de merecimiento  
 trueco á puntos de ventura.

**D. Juan.** Eso mismo me acobarda.  
 Soy desdichado, Beltran.

**Beltran.** Trocar las manos podrán

Fortuna y amor: aguarda.  
 D. Juan. Si á don Mendo hace favor,  
 ¿qué esperanza he de tener?  
 Beltran. En ese echarás de ver  
 que es todo fortuna, amor,  
 á competencia lo quieren  
 doña Ana y doña Teodora;  
 doña Lucrecia lo adora:  
 todas al fin por él mueren:  
 jamas el desdén gustó.  
 D. Juan. Es bello, rico y mancebo.  
 Beltran. ¿Cuánto mejor era Febo,  
 y Dafne lo desdeñó?  
 Y cuando no conociera  
 otro en perfeccion igual,  
 aquesto de decir mal  
 ¿es defecto como quiera?  
 D. Juan. ¿Y no es eso murmurar?  
 Beltran. Esto es decir lo que siento.  
 D. Juan. Lo que siente el pensamiento  
 no siempre se ha de explicar.  
 Beltran. Decir.....  
 D. Juan. Que calles te digo  
 y ten por cosa segura  
 que tiene aquel que murmura,  
 en su lengua su enemigo.  
 Beltran. Entre tus desconfianzas  
 en su casa entrar te veo:  
 sin duda que el gran deseo  
 engaña tus esperanzas.  
 Veste en desierto lugar,  
 y no cesas de dar voces,  
 y aunque tu muerte conoces,  
 nadas en medio del mar.  
 D. Juan. Lo que en gran tiempo no ha hecho,  
 hace amor en solo un dia,  
 venciendo en fin la porfia.  
 Beltran. Que te sucede, sospecho,  
 lo que al tahir, que en perdiendo,  
 solamente con decir  
 "que no sepa yo gruñir!"  
 está sin cesar gruñendo.  
 Tú dices que desesperas;  
 y entre el mismo no esperar  
 nunca dejas de intentar:  
 ¿qué más haces cuando esperas?  
 ¿Tú piensas que el esperar  
 es alguna confeccion  
 venida allá del Japon?  
 El esperar es pensar

que puede al fin suceder  
 aquello que se desea:  
 y quien hace porque sea,  
 bien piensa que puede ser.  
 D. Juan. Pues si con esta invencion  
 en su desden no hay mudanza,  
 aunque viva mi esperanza  
 morirá mi pretension. (Saca una carta.)  
 Beltran. El mercader marineró  
 con la codicia avarienta,  
 cada viaje que intenta,  
 dice que será el postrero.  
 Así tú, cuando imagino  
 que desengañado estás,  
 ya con nuevo intento vas  
 en la mitad del camino.  
 Mas dime, ¿qué te ha obligado  
 á trazar esta invencion  
 para mostrar tu aficion,  
 pudiendo con un criado  
 de su casa negociar  
 lo que tú vienes á hacer?  
 D. Juan. No he de arresgarme á ofender  
 á quien pretendo obligar;  
 que como es tan delicada  
 la honra, suele perderse  
 solamente con saberse  
 que ha sido solicitada.  
 Y así del murmurador  
 pretendo que esté segura  
 mi desdicha ó mi ventura,  
 su flaqueza ó su valor;  
 que aun á tí mismo callado  
 estos intentos hubiera,  
 si en tí, Beltran, no tuviera  
 mas amigo que criado.

Beltran. ¿Toda esta casa, don Juan,  
 á una mujer aposenta?  
 D. Juan. Seis mil ducados de renta,  
 ¿qué alcázar no ocuparán?  
 Beltran. Celia es esta.

## ESCENA II.

CELIA.—D. JUAN Y BELTRAN.

Celia. ¿Qué mandais,  
 señor don Juan?  
 D. Juan. Celia mia,  
 besar las manos querria,

## ESCENA IV.

DOÑA ANA Y CELIA.—D. JUAN Y BELTRAN.

si licencia me alcanzais,  
 á mi señora doña Ana.  
 Celia. Que será imposible, entiendo;  
 porque se está previniendo  
 para partirse mañana  
 á una novena á Alcalá.  
 D. Juan. ¿De la corte se desvía,  
 cuando el celebrado dia  
 de San Juan tan cerca está?  
 Celia. Para los tristes no hay fiesta.  
 D. Juan. Pues, Celia, verla me importa:  
 la visita será corta;  
 solo la quiero dar esta  
 que le ha venido en un pliego,  
 y me dice quien la envia,  
 que solo de mí confia  
 el darla.  
 Celia. Yo salgo luego. (Vase.)

## ESCENA III.

DON JUAN Y BELTRAN.

Beltran. No hay pobre con calidad:  
 si un villano rico fueras,  
 á fé que nunca tuvieras  
 en verla dificultad.  
 D. Juan. Si ella está tan de camino,  
 que es justa la causa creo.  
 Beltran. Lo que con los ojos veo.....  
 D. Juan. Malicioso desatino.  
 Beltran. ¿Cuánto vá que no la ves?  
 D. Juan. De no alcanzar, no se ofende  
 quien lo difícil emprende.  
 Mas doña Ana es muy cortés.  
 Beltran. ¿Y agora qué hemos de hacer,  
 que ella se parte á Alcalá?  
 D. Juan. En tanto que ausente está,  
 Aguardar y padecer.  
 Beltran. Bueno fuera acompañalla.  
 D. Juan. Si como quien soy pudiera,  
 forzoso el hacerlo fuera,  
 si así entendiese obligalla;  
 mas ni me ayuda el poder,  
 ni ella lo agradecería,  
 por la nota que daría,  
 si se llegase á entender.  
 Beltran. Ella sale.  
 D. Juan. Dí, Beltran,  
 que la aurora bella y clara

Doña Ana. [Ap. á Celia.] ¡Ay, Celia, y qué mala  
 y mal talle de don Juan! (cara)  
 D. Juan. Aunque me dijo, señora,  
 Celia vuestra ocupacion,  
 con que fuera mas razon  
 el no estorbaros agora,  
 la importancia contenida  
 en esta carta que os doy,  
 me disculpa. [Dásela.]  
 Doña Ana. Nunca estoy,  
 señor don Juan, impedida  
 para recibir merced  
 de tan noble caballero.  
 D. Juan. Vuestro soy: respuesta espero.  
 Si sois servida, leed.  
 Doña Ana. Ser desoortés me mandais.  
 D. Juan. Leed; qué importa una vida,  
 que cerea está de perdida,  
 si remedio no le dais.  
 Doña Ana. Si está su defensa en mí,  
 la pena y temor dejad.  
 D. Juan. El caso es grave: mandad  
 que estemos solos aquí;  
 que tenemos que tratar,  
 y el secreto es importante.  
 Doña Ana. Dejadnos solos.  
 Beltran. [Ap.] Amante  
 fué el inventor de engañar.

## ESCENA V.

DOÑA ANA Y D. JUAN.

D. Juan. Pues contigo solo estoy,  
 porque mi recato veas,  
 [Va á leer doña Ana, y detiéndola.]  
 oye, señora: no leas;  
 que la carta viva soy.  
 Que me atreva no te altere,  
 pues estoy solo contigo,  
 y un agravio sin testigo  
 al punto que nace muere.  
 Desde que la vez primera  
 ví la luz de tu arrebol,  
 dos veces la ha dado el sol  
 á los signos de su esfera.  
 Como al que el rayo tocó  
 de Júpiter vengativo;

por gran tiempo muerto, vivo  
 en un instante quedó;  
 como aquel que la cabeza  
 de la Górgona miraba,  
 por un peñasco trocaba  
 la humana naturaleza;  
 tal en viéndote me veo,  
 tan absorto y admirado,  
 que en admirarte ocupado,  
 no doy lugar al deseo;  
 que esos divinos despojos  
 tanta gloria me mostraron,  
 que al punto me arrebataron  
 toda el alma por los ojos.

D<sup>a</sup> Ana. Tened, don Juan. Esto para  
 todo en que amor me tenéis?

D. Juan. No, porque ya lo sabéis,  
 y en vano el tiempo gastara.

D<sup>a</sup> Ana. ¿En que os morís?

D. Juan. No, señora,  
 pues ni en morir parará,  
 que en el alma vivirá  
 el amor que os tengo agora.

D<sup>a</sup> Ana. ¿Para en pedirme que os quiera?

D. Juan. Ni llega, señora, ahí:  
 que no hay méritos en mí  
 para que á tal me atreviera.

D<sup>a</sup> Ana. Pues decid lo que quereis.

D. Juan. Quiero..... Solo sé que os quiero,  
 y que remedio no espero,  
 viendo lo que mereceis.  
 Como el misero doliente  
 que en el lecho fatigado,  
 á cualquier parte inclinado,  
 los mismos dolores siente,  
 y por huir del tormento  
 que en cada lado es mayor,  
 busca alivio á su dolor  
 en el mismo movimiento;  
 así yo, con mi cuidado  
 vengo á vos, dueño querido,  
 no de esperanza inducido,  
 sino de dolor forzado:  
 por no morir con callallo,  
 no por sanar con decillo;  
 que es imposible el sufrillo  
 como lo es el remediallo.  
 Y así no os ha de ofender  
 que me atreva á declarar,  
 pues va junto el confesar  
 que no os puedo merecer.

D<sup>a</sup> Ana. ¿Quereis mas?

D. Juan. ¿Qué mas que vos?  
 Si entender quereis mi estado,  
 en que os quiero está cifrado.

D<sup>a</sup> Ana. Pues, señor don Juan, adios.

D. Juan. Tened: ¿no me respondeis?  
 ¿Desta suerte me dejais?

D<sup>a</sup> Ana. ¿No habeis dicho que me amais?

D. Juan. Yo lo he dicho; y vos lo veis.

D<sup>a</sup> Ana. ¿No decís que vuestro intento  
 no es pedirme que yo os quiera,  
 porque atrevimiento fuera?

D. Juan. Así lo he dicho y lo siento.

D<sup>a</sup> Ana. ¿No decís que no tenéis  
 esperanzas de hablarme?

D. Juan. Yo lo he dicho.

D<sup>a</sup> Ana. ¿Y que igualarme  
 en méritos no podeis,  
 vuestra lengua no afirmó?

D. Juan. Yo lo he dicho de ese modo.

D<sup>a</sup> Ana. Pues si vos lo decís todo,  
 ¿qué quereis que os diga yo? (Vase).

D. Juan. ¡Oh! venga la muerte, acabe  
 con vida tan desdichada,  
 que solo puede su espada  
 remediar pena tan grave.  
 ¿Qué delito cometí  
 en quererte, ingrata, fiera?  
 ¿Quiera Dios!..... Pero no quiera  
 que te quiero mas que á mí.

## ESCENA VI.

CELIA Y BELTRAN.—D. JUAN.

Celia. ¡Ah desdichado don Juan!

Beltran. (A Celia.) Ayúdale.

Celia. ¡A Dios pluguiera  
 que mi voluntad valiera! (Vase).

Beltran. Pues, ¿qué tenemos?

D. Juan. Beltran,  
 la verdad huyo: á la esperanza pido  
 engaños que alimenten mi deseo;  
 eternos contra mí imposibles veo;  
 nado en un golfo, ni de un leño asido.  
 Con el vuelo de amor mas atrevido  
 no subo un paso; y aunque mas peleo,  
 al fin vencido soy de lo que creo,  
 vencedor solo en lo que soy vencido.  
 Así desesperado, vitorioso  
 niego al deseo engaños, y á la gloria  
 mas vivo anhelo, si su muerte sigo.

Triste, donde és el no esperar forzoso,  
 donde el desesperar es la vitoria,  
 donde el vencer dá fuerza al enemigo!

Beltran. Triste, donde és forzoso andar contigo,  
 donde hallar que comer es gran vitoria,  
 donde el cenar es siempre de memoria!  
 (Vanse).

Sala en casa del Conde, en Madrid.

## ESCENA VII.

EL CONDE, D. MENDO Y ORTIZ.

D. Mend. A mi señora Lucrecia  
 dad, Ortiz, ese papel. (Dale un papel).

Ortiz. Guardaos Dios. (Vase).

D. Mend. Cosa cruel,  
 Conde, es una mujer necia.

Conde. ¿Cómo?

D. Mend. Con celos y amor  
 sale Lucrecia de sí.

Conde. ¿Con causa, don Mendo?

D. Mend. Sí;  
 mas tanto el yerro es mayor.  
 Si por doña Ana estoy ciego,  
 ella ¿qué ha de remediar  
 con reñir y con celar,  
 sino añadir fuerza al fuego?

Conde. (Ap.) ¿Quieran, Lucrecia, los cielos  
 que te mude esta mudanza,  
 y á mi perdida esperanza  
 abran la puerta tus celos!

Y vos, ¿qué le respondeis?

D. Mend. Nunca el negar hizo daño.

Conde. Mejor fuera el desengaño,  
 si en otra parte quereis.

D. Mend. Dañarme, Conde, podria,  
 que su amor causó en mi pecho  
 terrible incendio, y sospecho  
 que hay centellas todavia.  
 Y quien antiguo cuidado  
 arraigado el alma tiene,  
 ha de obligar el que viene,  
 sin despedir el pasado;  
 que mil veces se agradó  
 de la novedad Cupido,  
 y vuelve á buscar rendido  
 lo que arrogante dejó.

Conde. Avariento sois de amor.

D. Mend. Más el de doña Ana estimo.

Conde. Y ella ¿os quiere?

D. Mend. Pienso, primo,  
 que merezco su favor.

Conde. ¿Qué hay de Teodora?

D. Mend. Quería  
 que yo fuese su marido,  
 como si hubieran nacido  
 mis abuelos en Turquía.

Conde. Sin ser loca, yo no creo  
 que ninguna mujer pida  
 la esclavitud de una vida  
 por la muerte de un deseo.

D. Mend. Pues ya, despues que mi amor  
 sacó piés amedrentado,  
 en ella erece el cuidado,  
 y al paso d'él mi rigor.  
 Ya sin esa condicion  
 estimara mis favores.

Conde. Dichoso sois en amores.

D. Mend. En el signo del Leon  
 Marte y Vénus concurrieron  
 de mi nacimiento el dia;  
 y si hay cierta astrología,  
 ellos amable me hicieron.....  
 —Mas adios, primo, que es tarde,  
 y á doña Ana quiero ver;  
 que hoy su sol se va á poner  
 en Alcalá. (Vase).

## ESCENA VIII.

LEONARDO.—D. MENDO.

Leonardo. El coche á la puerta está:  
 que ya se parte imagino.

D. Mend. Tenme el coche de camino  
 á la puerta de Alcalá.  
 Parta al punto el repostero,  
 y encárgale, por mi vida,  
 que esté á punto la comida  
 en la venta de Vivero.  
 Haz como doña Ana vea  
 en mi prevencion mi amor.

Leonardo. Toda tu gente, señor,  
 su vida en tu gusto emplea. (Vanse).

Sala en casa de Doña Ana, en Madrid.

## ESCENA IX.

DOÑA ANA, de camino, y CELIA.

D<sup>a</sup> Ana. ¿De qué vas triste? ¿De qué  
 lo van todas mis doncellas?  
 Habla, dime sus querellas.

Celia. Señora, verdad diré,  
 pues obligacion me pones.

Tienen tus criadas todas  
en la esperanza sus bodas  
y en la corte sus pasiones;  
y como de aquí á seis dias  
es la noche de San Juan,  
cuando los amantes dan  
indicios de sus porfias,  
sienten el ver que esa noche  
en la corte no han de estar.

D<sup>a</sup> Ana. Pues pierdan, Celia, el pesar;  
que por la posta en un coche  
conmigo entonces vendrán.  
Porque se alegre mi gente,  
gozaré secretamente  
de la noche de San Juan,  
y volveréme á la aurora  
á proseguir mis novenas.

Celia. Alivie el cielo tus penas.  
Mas, ¿no era mejor, señora,  
dilatarse esta partida?

D<sup>a</sup> Ana. Si sabes que estoy muriendo  
por dar la mano á don Mendo,  
y no hay cosa que lo impida  
sino el cumplir las novenas  
que á San Diego prometí,  
¿dilataré, estando así,  
el remedio de mis penas?  
Con esta traza que doy,  
ninguna queda quejosa.

Celia. Hágate el cielo dichosa.  
A dalles la nueva voy.

D<sup>a</sup> Ana. Encárgales por mi vida  
el secreto.

Celia. Así lo haré.  
Don Mendo viene.

D<sup>a</sup> Ana. Tendré  
buen agüero en la partida.

—  
ESCENA X.

D. MENDO.—DOÑA ANA.

D. Mend. Los campos de Alcalá, bella señora,  
desdeñan los favores del verano,  
y de la fértil Flora  
no solicitan yá la diestra mano,  
después que primaveras les reparte  
la dichosa esperanza de mirarte.  
Los arroyos, que esperan ser espejos  
en quien de esos dos soles celestiales  
se miren los reflejos,  
transforman sus corrientes en cristales,

y el agua, en cambio de besallos, grata  
hace á tus blancos piés puente de plata.  
Al nuevo sol que nace, agradecidas  
en verdes ramos las cantoras aves,  
á coros divididas,  
dando á los vientos músicas suaves,  
para explicar la gloria deste dia  
articular intentan su armonía.  
Parte ¡oh feliz! que el zéfiro suave  
lisonjear pretende codicioso  
la rodadora nave,  
de nueva Europa Júpiter dichoso,  
por quien en Indias vuelto Manzanares,  
España de sus glorias hace á Henáres.  
Parte ¡oh primero móvil adorado!  
de quien siguiendo voy el movimiento,  
si bien arrebatado,  
pues tras mi centro corro no violento;  
que yo, si lo merezco, gloria mia,  
voy á ser el lucero de ese dia.

D<sup>a</sup> Ana. Los campos de esperanzas matizados,  
la consonancia dulce de las aves,  
los cristales cuajados,  
las lisonjas del céfiro suaves,  
en nada estimo; y estimara solo  
llevar por mi lucero al mismo Apolo.  
Mas cuando el corazon lo solicita,  
forzosa accion de amor correspondiente,  
ni el honor acredita,  
ni el estado que tengo lo consiente.

D. Mend. Es iman de mis ojos tu presencia.

D<sup>a</sup> Ana. Justo efecto de amor es la obediencia.

D. Mend. ¿Sin tí quieres dejarme?

D<sup>a</sup> Ana. Yo, don Mendo,  
parto sin tí.

D. Mend. ¿Qué mucho? Vas helada,  
cuando yo quedo ardiendo.

D<sup>a</sup> Ana. Segura fuese yo, como abrasada.

D. Mend. No me apartes de tí si desconfias.

D<sup>a</sup> Ana. Vive el recato entre las ansias mias.

D. Mend. ¿No me llamas tu dueño?

D<sup>a</sup> Ana. Y de mis ojos,  
cierta lengua del alma, lo has sabido.

D. Mend. ¿De quién temes enojos,  
cuando te adoro yo, de tí querido?

D<sup>a</sup> Ana. Hasta el sí conyugal temo mudanza;  
que no hay dentro del mar cierta bonanza.  
En tanto que á mis deudos comunico  
la dichosa eleccion de vuestra mano,  
y devota suplico

en Alcalá á su dueño soberano  
que lleve á fin feliz mi intento nuevo,  
y las novenas pago que le debo,  
puede mudarse vuestro amor ardiente,  
y quedar mi opinion en opiniones  
del vulgo maldiciente,  
que á lo peor aplica las acciones.

D. Mend. ¡Mudarme yo!

D<sup>a</sup> Ana. Temores son de amante.

D. Mend. Más parecen cautelas de inconstante.

Si ya nuevo cuidado te fatiga,  
el fingido recato ¿qué pretende?

Declárate enemiga:

no el desengaño la mudanza ofende.

Véte segura: ocuparé entre tanto  
el alma en celos y la vida en llanto.

D<sup>a</sup> Ana. Ofendes mi lealtad si desconfias;  
mas porque de tu error te desengañes,  
pon secretas espías,  
prueba mi fé, como mi honor no dañes.

D. Mend. Confianza tendré, mas no paciencia,  
contra el rigor, señora, de tu ausencia.

—  
ESCENA XI.

CELIA.—DICHOS.

Celia. Doña Lucrecia, señora,  
viene á visitarte.

D<sup>a</sup> Ana. ¿Quién?

Celia. Tu prima.

D. Mend. (Ap.) A impedir mi bien  
la trae mi desdicha agora.

—  
ESCENA XII.

DOÑA LUCRECIA con manto, y ORTIZ.—DICHOS.

D<sup>a</sup> Luc. No quise, prima, dejar  
de verte en esta partida.

D<sup>a</sup> Ana. Ni yo, Lucrecia querida,  
me partiera sin pasar  
por tu casa, porque el ver  
al pasar, tu rostro hermoso,  
fué presagio dichoso  
del viaje que he de hacer.

D<sup>a</sup> Luc. [Ap. á D. Mendo.] Niégame agora  
las verdades que estoy viendo. (traidor,

D<sup>a</sup> Ana. ¿Qué le dices á don Mendo?

D<sup>a</sup> Luc. Del vestido de color  
le pregunto la ocasion,  
porque de irte á acompañar

lo indicia el tiempo y lugar,  
y fuera galante accion.

D<sup>a</sup> Ana. Tan alto merecimiento  
con mi humildad no conviene,  
y mas que lisonja, tiene  
malicia ese pensamiento.  
Mas si conmigo partiera,  
de parecer, prima, soy,  
que pues yo de negro voy,  
de color no se vistiera.

Celia. Ya bien te puedes partir,  
que los coches han venido.

D<sup>a</sup> Ana. Que no me olvides te pido.

D<sup>a</sup> Luc. Por puntos te he de escribir.

D<sup>a</sup> Ana. Adios, don Mendo.

D. Mend. Señora,  
en el coche os dejaré.

D<sup>a</sup> Ana. Si alguno en la calle os vé,  
sospechará lo que ahora  
ha sospechado mi prima.  
Quedaos y salid despues.

D. Mend. Yo obedezco... (Ap. á ella.) Y vues-  
tró sigue el alma que os estima. (tros piés  
(Vanse doña Ana y Celia.)

—  
ESCENA XIII.

DOÑA LUCRECIA, DON MENDO Y ORTIZ.

D<sup>a</sup> Luc. (Saca un papel y muéstraselo á don  
Mendo.) ¿Conoces este papel?

D. Mend. Yo, Lucrecia, lo escribí.

D<sup>a</sup> Luc. Junta lo que has hecho aquí  
con lo que dices en él.  
Traidor, fingido, embustero,  
engañoso, ¿á tí te dan  
apellido de Guzman  
y nombre de caballero?

¿Qué sangre puede tener  
quien tiene pecho traidor?  
¿Es hazaña de valor  
engañar una mujer?

D. Mend. Oye, señora.....

D<sup>a</sup> Luc. No muevas  
esos fementidos labios;  
que intentas nuevos agravios  
con satisfacciones nuevas.

D. Mend. Pues ¿qué! ¿quieres condenarme  
sin oír satisfaccion,  
por solo una presuncion?

D<sup>a</sup> Luc. ¿Qué disculpa puedes darme?  
¡Presuncion llamas, traidor!